



VIAJE DE DESTIERRO



(Continuacion)

XXV

El *Coquimbo* marcha rápidamente en direccion al Callao, i por primera vez el mar, riente i perezoso, forma una azulada i tranquila superficie. Los viajeros gozan de ese dulce bienestar que comunica al ánimo la quietud de la naturaleza.

A medio día se divisa en la costa un grupo de oscuras arboledas, i los pasajeros que van en el puente esclaman:

—¡Tambo de Mora!

Momentos despues estramos en una bahía enormemente abierta hácia el sur, i cuya costa norte avanza en línea recta hácia el este, de manera que el continente parece torcer en direccion a la Oceanía. No se ve una nave en este mar i solo se divisan cuatro o cinco botes abandonados en la playa. El *Coquimbo* fondea i ninguna embarcacion se acerca a sus costados; repetidas veces anuncia su llegada con agudos silbidos, pero nada! Al fin se nota en tierra cierta agitacion: buscan a los marinos tripulantes de las pequeñas embarcaciones. Aparecen algunos i como de mal humor se embarcan en sus botes conduciendo a unos cuantos pasajeros.

Tambo de Mora tiene el aspecto de un gran claustro o de un vasto i sombrío huerto plantado de oscuros olivos. No existe aquí pueblo ni caserío alguno, i solo se ven las blancas murellas de una casa oculta casi entre el ramaje. En el fondo del valle se divisan cultivos i frondosas arboledas que trepan las montañas. Es un sitio lleno de sombra que tiene no sé qué de raro i triste, i en el que la vida parece deslizarse tranquila, sin preocupaciones ni luchas.

Al día siguiente, i cuando las primeras luces penetran a través de los cristales de mi camarote, despierto gozoso a las voces de ¡el Callao! Me visto de prisa, i cuando salgo a la cubierta ya el vapor se desliza majestuosamente en medio de la hermosa bahía. Vuelvo a ver el espectáculo encantador del amanecer en el mar tranquilo, en el centro de una gran rada animada por las embarcaciones. El aspecto que ofrece el Callao en una mañana nebulosa de invierno, alumbrada por uno que otro rayo de sol, es interesante i engaña i sorprende al viajero: el Callao aparece como una gran ciudad que se estiende desde las riberas del Pacífico hasta el fondo del valle que cierran las montañas. Grandes monumentos, elevadas casas de azotea, torres i cúpulas se destacan de entre la ténue i rosada neblina, haciendo la ilusión de una gran ciudad antigua i opulenta. Pero todo eso no es el Callao: es Lima que se alza a sus espaldas con las numerosas torres de sus iglesias españolas, semejando el telón de fondo de un proscenio.

Deseosos de bajar a tierra i de aprovechar el primer tren de la mañana, que se dirige a Lima, los pasajeros ocupan los botes que se les ofrecen i que poco despues se deslizan por los canales tranquilos de la dársena. Nótase en la bahía ese agradable movimiento de la vida en el mar por la mañana: embarcaciones repletas de comestibles i de verdura, semejando pequeños mercados flotantes, se dirijen a las naves llevando a su bordo la mesa del día; pasajeros que van a tierra como nosotros o regresan de ella soñolientos; naves que estienden sus velas para alejarse a otros mundos; vapores que lanzan al aire el humo de sus chimeneas; gritos de alegría i de trabajo i martillos cuyos golpes resuenan en el espacio anunciando la labor comenzada.

Pero una vez en tierra, el Callao se presenta bajo una faz bien distinta: sin pedir datos a nadie sobre el estado de su comercio i riqueza, sobre su presente i su pasado, se comprende que es una ciudad en decadencia. Barrios comerciales sin movimiento, almacenes vacíos i tiendas sin mercaderías i sin público. No se ve en sus calles mal pavimentadas un solo edificio en construcción, ningún trabajo que demuestre la vida i riqueza de un pueblo que se ajita i marcha. El Callao es en estos momentos solo una factoría de los vapores de la Compañía Inglesa del Pacífico. Su decadencia entristece el alma i hace pensar hasta dónde influyen los gobiernos sin moralidad i sin juicio en la ruina de un país lleno de riquezas naturales, pero que nadie o muy pocos explotan.

La abundancia de riquezas fáciles ha sido para el Perú la mayor de sus desgracias. Muchos años vivió casi exclusivamente del huano que, como un inmenso e inagotable tesoro, alimentaba todas las ambiciones i todas las perezas de su raza ingobernable e inquieta. Cuando el huano principió a disminuir, apareció el salitre alentando los derroches i el desgobierno. Durante un tercio de siglo el Perú ha vivido de estas dos solas riquezas que lo acostumbraron a una existencia sin trabajo i sin lucha. Hoi, cuando todo eso ha desaparecido, el espíritu de su pueblo, abatido por los contrastes, carece de la energía necesaria para sobreponerse a sus desgracias i buscar en el trabajo su rejeración i engrandecimiento. Un clima tibio i enervante contribuye tambien a mantenerle en una especie de soñolienta indiferencia por su suerte. Sin embargo, la prueba por que atraviesa el Perú le servirá de enseñanza i su carácter se retemplará en esta gran adversidad: volverá a ser un día árbitro de su destino i una raza mas pujante explotará sus riquezas, convirtiendo estos sitios, hoi en decadencia, en emporio de civilización i de bienestar. El ferrocarril de la Oroya descende ya las faldas orientales de los Andes i penetrará bien pronto en las rejiones misteriosas que son su porvenir. Esto será el principio de su redención, i bien lo comprende así el Perú cuando, a pesar de su pobreza, no ha interrumpido las tareas de tan magna empresa.

XXVI

Llegamos a una estación mui insignificante, encerrada i oscura, i en compañía de casi todos los pasajeros que conducia el *Coquimbo* tomamos el tren que sale para Lima. La mayor parte de los viajeros van a la capital por pocas horas, otros regresarán al vapor al día siguiente, pues el objeto de casi todos es solo dar un vistazo a la ciudad de los Reyes.

El equipo de los dos ferrocarriles que comunican al Callao i Lima es americano, mui semejante al de nuestras líneas del sur. Los carros están bien tenidos i el personal de empleados es atento, viste con limpieza i casi con elegancia.

Con motivo de los grandes descubrimientos de petróleo realizados hace poco en el norte del Perú, los ferrocarriles de esta nación han reemplazado el carbon de piedra por esta sustancia. Un olor insoportable se respira. Si se abren las ventanas del wagon o si el viajero asoma la cabeza para mirar la campiña, una nube de humo pestilente le azota el rostro i casi le ahoga. No hai medio de librarse de tan molesto adversario, i durante la media hora del viaje parece que uno llevara en la nariz el hediondo candil de una lámpara de parafina. Pero con este nuevo procedimiento las empresas realizan economías considerables i el Perú consume los productos de su suelo, no importa que hasta la ropa del viajero se impregne de tan nauseabunda esencia. El petróleo en estas condiciones no podrá ser empleado con ventaja, por la economía de su precio, sino en los trenes de carga que no conducen pasajeros.

A pesar del invierno, los campos están verdes en este suelo húmedo i caliente a la vez, i los tapiales de adobones, destruidos en su mayor parte, les dan una semejanza simpática con los de las provincias centrales de Chile. Se ven pocos árboles i el cultivo parece atrasado i casi primitivo. El tren se desliza rápido frente a un gran jardín privado que tiene sobre su entrada este letrero militar: *Tiro al blanco*. Pasamos frente a un cementerio mui bien cuidado, i momentos despues divisamos otro mas reducido. El Rimac, todavía con ménos caudal que el Mapocho, se presenta a mi vista desliziéndose entre un cauce mas pequeño i

ménos pedregoso. El tren penetra de improviso en una calle estrecha i de bajos edificios, una calle del barrio sur de Santiago, empedrada con los mismos guijarros del rio. Las mujeres que salen de las iglesias con sus trajes de dia de trabajo, los vendedores ambulantes que pregonan sus artículos en alta voz i los niños que juegan en la calle con peligro de ser despedazados por el tren que pasa, me revelan la presencia de una ciudad sud-americana, la presencia de Lima.

El tren se detiene en una estacion parecida a la del Callao por su estrechez i falta de luz. No hai a la puerta mas de tres o cuatro carruajes, i los viajeros, llevando consigo sus equipajes, se dirijen a los hoteles o a cualquier parte, pues en Lima no hai distancias.

XXVII

Lima es ciudad de muchas fondas, de muchos restaurants i de pocos hoteles. No pasan de tres los que merecen este nombre: el Maury, el de Francia e Inglaterra i el Americano. El primero es el mas vasto i elegante, el segundo el mas caro i el tercero se distingue por su bien servida mesa. Sin ser gastrónomo, preferí este último por su situacion en la parte mas central i animada de la ciudad, en la calle de Espaderos. Me felicité bien pronto de esta preferencia, pues no es posible encontrar en un hotel mayores atenciones, i ese trato discreto i cortes que parece sincero en su cariño i que el viajero agradece en el alma porque le recuerda a la familia.

En el hotel Maury se encuentran hospedados los constitucionales desterrados por Balmaceda: Los señores José Besa i familia, Zorobabel Rodríguez e hijo, Adrian Gandarillas, Javier Vial Solar, Ministro Plenipotenciario del Gobierno de Iquique i sus secretarios los señores Lorenzo Montt i Martin Saldías; en el hotel de Francia e Inglaterra está el Ministro de Balmaceda señor don Anjel C. Vicuña con toda su numerosa corte de secretarios, *attachés*, agregados militares i jefes del ejército que se desvaneció en Tarapacá i tomó la fuga ántes i despues de Pozo Almonte. La oficialidad del ejército de Arrate i de Gana está desparramada en toda la estension de Lima i habita mansiones ménos costosas. Aquellos militares que años ántes entraran vic-

toriosos a esta misma ciudad, visten ahora de paisanos, pasean por las calles comerciales mirando las vidrieras de las tiendas o formando corrillos en los portales, miéntras se soluciona en Chile la gran picardía a la que prestaron el apoyo poco eficaz de sus espadas.

Viven seguros del éxito, pero no les desagrada encontrarse léjos de la ruda contienda. Ellos, por causas especiales i no por falta de valor, han tenido que volver la espalda a los soldados del norte i a los *fulres* de Santiago, i por mas cariño que tengan por la causa del Dictador, debe molestarles la idea de morder el polvo del combate por la bala de un recluta o al golpe de espada de un imberbe dandy. Charlan alegremente, beben champaña i creen como misterios de fé todas las noticias falsas con que Bal-maceda entretiene al mundo.

Conversando con uno de esos viejos vencedores de otras guerras, me manifestó que él creia imposible que el antiguo ejército de Chile pudiera ser vencido por esas desorganizadas milicias sin disciplina i sin espíritu militar.

—Pero esas desorganizadas milicias han arrojado de Tarapacá, de Antofagasta i de Atacama al viejo ejército de Bal-maceda; de otra manera no se esplicaría la presencia de ustedes en Lima.

—Pero no irán mas allá... i los últimos desgraciados sucesos han sido motivados por causas estrordinarias, ajenas a toda prevision militar.

—Desengáñese, coronel: el viejo ejército de Chile no existe; cuando en 1879 emprendimos la campaña contra el Perú i Bolivia, nuestro ejército no llegaba a cuatro mil hombres, i en pocos meses pasó de cuarenta mil. ¿Qué era tan pequeña fuerza en medio de esa gran masa improvisada? El verdadero soldado de Chile es el patriota, es el ciudadano, i esto es lo que constituye nuestro orgullo i nuestra fuerza. Hoi se repite el mismo glorioso ejemplo: es el pueblo, es la juventud la que se levanta para defender las instituciones, i ustedes no podrán resistir su empuje.

Pero el coronel repitió impasible:

—Oh, nó, jamas; el antiguo ejército de Chile no podrá ser vencido!

Balmaceda ha hipnotizado a nuestros bravos militares, i su espíritu de orgullo, de disciplina o de vanidad les impide ver claro. Las mas sencillas nociones de justicia i de deber están maleadas por el engaño o el interes que aquel gran corruptor ha sabido despertar en sus sostenedores.

Miéntras los oficiales balmacedistas pasean por las calles de Lima esperando la hora de regresar triunfantes a Chile, la diplomacia del Dictador reclama del Gobierno peruano la entrega del vapor *Mapocho*, de la flota sud-americana del Pacífico, que a solicitud del Gobierno de Iquique se tiene detenido en uno de los diques del Callao.

Balmaceda da una importancia capital a la adquisicion de este magnífico trasporte, que unido al *Imperial* i a las torpederas constituiria una escuadrilla respetable, compuesta de buques rápidos, a los que no podrian dar caza las pesadas naves de la escuadra del Congreso. El arribo mas o ménos próximo de los cruceros *Errázuriz* i *Pinto* hace mas indispensable la adquisicion del *Mapocho*, a fin de poder realizar el atrevido plan de una nueva expedicion destinada a invadir la provincia de Tarapacá, cuyas rentas salitreras desvelan al Dictador.

Los agentes balmacedistas han intentado varias veces tomar posesion del *Mapocho* i sacarlo del Callao; pero la vijilancia que ejerce el Gobierno peruano i la no ménos activa de Vial Solar, han frustrado todas las tentativas e impedido la ejecucion de este plan perseguido con tenacidad.

El gobierno peruano, sin escuadra para hacer respetar su determinacion, se encuentra en una situacion bien desagradable: de un lado las exigencias i amenazas de Balmaceda, i del otro las justas reclamaciones del gobierno de Iquique. Ha sabido, sin embargo, proceder con prudencia i enerjía, haciendo respetar los acuerdos que ha estimado justos para los reclamantes i decorosos para él; su conducta es de estricta neutralidad, i, por lo tanto, nos favorece. Nuestra diplomacia no solicita otra cosa.

XXVIII

Lima es la capital sud-americana que tiene una fisonomía mas orijinal, como que la mayor parte de sus edificios son de

la época de la colonia i ofrecen esa mezcla interesante de arquitectura árabe i española que dominaba en algunas ciudades de la Península. Las ventanas cubiertas de celosías, los balcones volados que estrechan la calle, las numerosas torres de sus templos, le dan cierto tono de antigüedad, de aristocracia que atrae al viajero sud-americano. Lima es una ciudad del siglo XVIII mas que de nuestra época, i de tal manera se vive en ella en el pasado, que desagradan i chocan los pocos edificios modernos que ostentan sus calles.

Seria sensible que Lima se trasformara en ciudad moderna, que desaparecieran sus plazuelas i rincones misteriosos, de donde uno cree ver avanzar la figura de algun hidalgo cuya espada asoma bajo el ruedo de su capa; que se demolicieran las altas fachadas de sus templos cubiertas de churriguerescos adornos, de nichos que contienen figuras de obispos cuyas mitras los temblores de tierra han inclinado a la derecha o a la izquierda; de arcánjeles que el tiempo ha dejado sin alas i de vírjenes que estrechan en sus brazos infantes descabezados. Todo esto es orijinal i divertido; ya no se ve en el mundo i no va quedando sino en Lima.

La jente que puebla esta ciudad guarda tambien cierta armonía con la arquitectura de sus viejos monumentos: hai una mezcla de razas antiguas que uno ve desfilar con alegría. Indios que visten todavía el traje de los súbditos del imperio inca; negros que rien mostrando sus blancos dientes; japoneses i chinos que ocultan sus trenzas bajo el sombrero o dentro de su gabán azul; cholos vestidos a la europea, etc., etc.; i en medio de tan abigarrada multitud, los europeos en pequeño número i la clase aristocrática elegante i fina.

Estamos en los últimos días del mes de Julio, i Lima ofrece la animacion que trae consigo el aniversario de la independencia: todas las casas ostentan una bandera que flamea al viento. La del celeste imperio, el dragon negro en campo amarillo, es casi tan numerosa como la peruana, i en ciertos barrios, como el del Mercado, supera al pabellon nacional. Es curioso el efecto que producen estos estandartes de tan lejanos paises, i por un instante el viajero se imagina encontrarse en una ciudad asiática.

Por la noche me dirijo a la plaza de Armas, que está profu-

samente iluminada, i algo orijinal aturde mis oidos: es un concierto de silbos que salen de todo el ámbito del pasco. Todos los niños de la ciudad, provistos de pitos, los hacen sonar sin descanso, produciendo este bullicio estraño, ensordecedor i mortificante. No puedo esplicarme la causa de tan ruidosa fiesta, i por un momento creo sea aquello una manifestacion de desagrado, una silbatina de reprobacion dirigida a los malos músicos de las bandas que ejecutan un festival; pero cuando veo que cada vendedor ambulante de golosina vende pitos que los papáes dan a sus niños, como se obsequia una fruta o un dulce, comprendo que se trata de una costumbre popular, de una manía bien estravagante que pocas orejas humanas serian capaces de soportar. ¡Estraña soberanía la de estos muchachos i admirable paciencia la del público que a ella se somete resignado!

Me alejo de la plaza en busca de algun sitio retirado i silencioso donde no lleguen los repiqueteos i silbos; recorro muchas calles, i cuando me parece que el concierto ha terminado, regreso a la plaza, pero la bulliciosa fiesta continúa lo mismo i talvez con mayor empuje.

Una fila de soldados forma un vasto cuadro en el centro de la plaza e impide el paso del público al sitio en que las bandas ejecutan su festival.

Aturdido i sin saber lo que hago, intento penetrar al prohibido recinto; pero un soldado me da con su fusil un fuerte culatazo. Mi primer ímpetu al recibir esa ofensa, es el de precipitarme sobre las orejas del cholo, que se cimbran en su rostro como chinescas maravillas; pero la acerada bayoneta que brilla en su Mannlicher me hace cambiar de parecer mui oportunamente, i, dando un cambio de frente, resignado i silencioso, me retiro de la plaza, pensando que si el soldado sospecha mi nacionalidad, repetirá el culatazo.

Nótase en la tropa una actitud insolente i despreciativa para con el pueblo, que sin duda proviene de la antigua costumbre de subyugarlo i de las consideraciones que los gobiernos dispensan al ejército, como que es su principal i casi único sosten en un país tan amigo de las revueltas. Las bayonetas se ven brillar en Lima por todas partes: los policiales hacen la guardia noc-

turna de la ciudad con los fusiles al hombro; en el teatro, hasta a la entrada de la platea, se encuentran dos soldados con sus fusiles con bayoneta; en todos los paseos, en todas las fiestas a la entrada del Senado i de la Cámara de Diputados las bayonetas cierran el paso al público, i le permiten entrar como quien discierne un favor soberano. Este alarde innecesario de la fuerza da a Lima el aspecto de una ciudad en estado de sitio o en eterna revolucion.

XXIX

Hace cuatro dias que recorro en todas direcciones la vieja capital de los incas, que concurre a todas sus fiestas buscando algo que me interesa vivamente i constituye la fama de este pais estravagante. Hace cuatro dias que resido en Lima i no he visto una sola mujer bonita. ¿Qué se han hecho aquellas limeñas, descendientes de las andaluzas, de grandes ojos i de pié invisible? ¿No existen sino en la leyenda o en la fantasía de los viajeros? Principio a creer que la limeña es un mito como la sirena, que todos los navegantes han divisado en el mar, pero cuya existencia jamas se ha podido comprobar.

Lleno de curiosidad i de interes por descifrar este misterio, pregunto a un amigo peruano qué se hace en Lima para ver a las limeñas sin visitarlas en sus casas. ¿Son tan egoistas como bellas, que no quieren dejarse ver en la calle?

Mi amigo me contesta sonriendo: «En efecto, poco pasean en estos dias de fiestas populares; pero vaya Ud. mañana domingo a oír misa a la iglesia de San Pedro, de San Agustín o de la Merced; pásese Ud. entre diez i once de la mañana por las calles de Mercaderes i Espaderos, que es una misma con dos nombres, i creo que verá satisfecha su curiosidad.»

Al dia siguiente i a la hora indicada, recorro las tres iglesias i admiro algunos ejemplares femeninos de pura i fina raza andaluza, modificada por el clima húmedo de esta tierra, que hace palidecer suavemente la piel dándole el tono de una rica porcelana. Usan en jeneral mantilla negra de encajes prendida a la cabeza como en las fiestas de matrimonio; el amplio i bordado manto santiaguino está mui en desuso. Las mas jóvenes

llevan sus trenzas recojidas en la nuca i atadas con largos lazos de cintas de colores. Esta *toilette* es la mas graciosa.

En la calle de Mercaderes i de Espaderos veo otras mujeres bonitas: es la concurrencia de los templos que ántes de retirarse a sus casas desfila por esta via central. El mayor número de las mas jóvenes llevan esas confecciones de alto cuello i de encumbrados buches en los hombros, i, así vestidas, hacen de léjos el efecto de grandes i raros insectos que se deslizaran por las veredas...

Pero, en verdad, las mujeres bonitas de Lima no aventajan a las mujeres bonitas de Santiago, siendo mucho mayor el número de las últimas; i esto lo digo sin espíritu alguno de nacionalidad, que los hombres en este artículo somos en jeneral cosmopolitas. La belleza en Lima está reconcentrada en la sociedad mas elevada, miéntras que en Santiago se desparrama de arriba abajo en profusa i democrática igualdad.

Aun no han perdido las jóvenes de la alta sociedad de Lima la costumbre de salir a la calle, i especialmente a la iglesia, acompañadas de su negrita, que hace vida íntima en la familia. La negra parodia admirablemente la voz i los modales de sus amas. Una tarde que me paseaba por el portal de Escribanos o de Botoneros, oí a mi espalda la animada charla de dos mujeres: nada mas dulce, espresivo e insinuante que esa conversacion femenina lijera i alegre. Deseoso de ver el rostro de esas limeñas que suponía lindas como su voz, me detuve frente a la vidriera de una tienda para verlas pasar. Eran dos negras jóvenes que charlaban como dos cotorras i que desfilaron indiferentes ante mi mirada atónita, con el pasito lijero de sus amas.

Lo que ha desaparecido de Lima desde hace poco tiempo, es la costumbre que tenían las mujeres de salir a la calle con la cara tapada. ¡A qué estrañas aventuras se prestaba esta moda oriental i de serraillo, que hacia de la mujer una incógnita amenazante i terrible! Durante toda su dominacion, España luchó inútilmente por descubrir el rostro de las limeñas. En el tercer concilio limense se declaró que caian en censura las tapadas, i durante algun tiempo las señoras, por no descubrirse el rostro, no salieron a la calle. La escomunion perdió poco a poco su eficacia i la costumbre renació con mas fuerza.

En vano los virreyes, deseosos de conocer el rostro de sus súbditas, cuya belleza adivinaban por los ojos, publicaban edictos obligándolas a descubrirse. El virrei marques de Guadalcázar espidió un decreto manifestando que el soberano tenia ordenado que ninguna mujer podía ir en sus reinos con el rostro tapado, porque esa costumbre causaba graves daños i escándalos i turbaba la devocion en los templos i procesiones; que los Cabildos pedian en fundados memoriales que se suprimiera costumbre tan perniciosa, i por lo tanto, ordenaba que despues del quinto dia de publicado el decreto, ninguna mujer apareciera tapada en la calle, ni en los balcones i ventanas de su casa. Los alguaciles tenian derecho de quitar los mantos, que las damas perdian, i si iban tapadas en carroza, se les quitaban las mulas. Como este decreto no diera resultado alguno, se impuso multas i despues prision i hasta destierro de un año fuera de la ciudad; pero las tapadas no se descubrieron jamás.

Solo a dos razas de América no le fué posible a la España vencer: a las limeñas i a los araucanos. Contra las primeras se estrelló inútilmente la severidad de sus edictos i leyes, i contra los segundos el valor i tenacidad de sus capitanes.

XXX

El primer grito que el viajero escucha en Lima al despertar por la mañana, es el del vendedor de boletos de lotería. «¡A los cinco mil soles! ¡A los veinticinco mil soles! ¡La lotería de Lima! ¡La lotería del Callao! ¡Cinco mil soles para hoy!» Son interminables los gritos que pregonan la venta de los boletos i se estienden por todas las calles de la ciudad. Los hombres que hacen este negocio parecen escojidos especialmente para el caso, pues todos tienen una voz metálica i penetrante que hierde los oídos, que persigue al transeunte hasta que accede a sus exigencias comprando uno o mas boletos que han de darle derecho a la fortuna disputada. I son pocos los que en Lima no caen día a día en esta tentacion, que hace vivir preocupada i como en suspenso a las tres cuartas partes de la ciudad. Todos los ociosos, todos los pretendientes a empleos, toda esa turba inmensa de necesitados en un pais empobrecido, dejarán de comer para

adquirir el boleto de lotería, que es su única esperanza para cambiar de situación. Se fracasa siempre, se jura no volver a caer en la tentación, i se vuelve a comprar el maldecido boleto; el fracaso se repite una i mil veces, pero la esperanza de adquirir tan fácilmente una fortuna, no se pierde jamás. Hai jentes que han envejecido, que han invertido sin éxito un capital superior al que le habría dado el mas alto premio, sin que se desalienten, i continúan i continuarán comprando el boleto de lotería hasta la hora de la muerte. En un pequeño negocio ví toda una habitación empapelada con estos boletos, sin que el dueño hubiera obtenido ni siquiera el mas insignificante de los premios, e insistía siempre en adquirirlos, i todas sus economías rodaban i se perdían ahí, sin obtener otra ventaja que la de principiar a empapelar con ellos una segunda habitación. Es un vicio poderoso como el de la bebida i el juego de las cartas, una pasión inagotable como el amor. I es la Sociedad de Beneficencia de Lima la que usufructúa i vive de este vicio demoralizador, que hace jermínar la indolencia i la pereza en una raza que por su propia índole posee esas condiciones en grado tan culminante!

Todas las semanas se alzan en la plaza principal de Lima i del Callao los *proscenios* en que se juegan estas loterías i se decide de la suerte de millares de personas. Una multitud anhelante i estafalaria se agrupa a su derredor, i van apareciendo los números blancos sobre la negra pizarra, i una parte de la concurrencia silba mientras la otra aplaude a medida que ven alentadas o perdidas sus esperanzas. La operación se hace con toda limpieza, i nunca los chasqueados dejan oír sus quejas sobre la conducta de los jueces, sino contra su propia mala suerte.

Últimamente se han formado sociedades que explotan en grande estos juegos inmorales: compran una cantidad considerable de boletos i realizan ganancias que reparten entre los asociados. Muchas veces les han cabido a estas empresas los premios mas altos de las loterías, i es rara la semana que sus números no obtienen algun beneficio. Los negociantes en pequeño, los que tientan la suerte con uno o dos números, protestan de estos especuladores en grande i los culpan de sus fracasos

Es una industria que debe beneficiar al pueblo, dicen los chasqueados, i nó a los ajiotistas.

I no es éste el único juego público que la autoridad permite en Lima: en el barrio asiático que se estiende al rededor del Mercado principal, existe una casa de juego china que abre sus puertas al público desde que aclara hasta que oscurece el día. Al extremo de una gran mesa cubierta de paño verde i sobre una alta silla, se ve sentado a un chino de larga trenza i de rostro impassible, que tiene en sus manos un largo i fino palillo con el que cuenta un monton de fichas de bronce relucientes. Los jugadores que hacen sus apuestas están de pié al rededor de la mesa: unos van a los pares, otros a los nones. El chino cuenta impassible i con gran limpieza sus monedas amarillas, i si resultan pares, recoge todas las apuestas nones i paga los pares; i vice-versa, si resultan nones. Terminado el juego, las fichas se echan en una bolsa que se cimbra, como para limpiarlas; despues se arroja sobre la mesa una cantidad de ellas i la operacion se repite. En otros departamentos de la casa hai juegos de dados, de naipes, de argollas i otros muchos que ha inventado la molicie asiática en connivencia con el ocio indijena.

Todos los sirvientes de Lima que van al Mercado, hacen de paso su visita a este agradable sitio i juegan una parte del dinero que llevan para sus compras: si pierden, el estómago de las familias lo siente mui bien. A veces el sirviente no vuelve mas a la casa: ha perdido a los naipes, a los dados o a los pares o nones todos los soles que llevaba, i ese día los patrones almuerzan tarde o se van a almorzar al restaurant.

Pero la pasion mas grande del pueblo limeño i que es a la vez el rastro mas característico de la civilizacion que España dejó en este pais, es la aficion a las corridas de toros; no tuve la fortuna de presenciar uno de estos espectáculos en que se pone de manifiesto la brutalidad del hombre i el valor i la nobleza desgraciada de la bestia.

La plaza de Acho, en que tienen lugar las corridas, estaba cerrada, como que el pueblo no gana ahora lo suficiente para mantener fiestas tan costosas. Una tarde fuí a visitar este circo sangriento, situado cerca del Rimac. Recorrí barrios viejos i pobres, impregnados de un olor a fritura que marea i oprime el

pecho. A veces este olor es tan penetrante i repetido, que parece que a Lima entera la estuvieran friendo dentro de una gran sartén. Esta fragancia de carne frita me recuerda tambien a la Inquisicion, i cierta impresion nerviosa me conmueve al pensar en la escapada que hemos hecho los que hoi vivimos, con solo venir al mundo unos pocos años despues de muerta aquella santa institucion.

La plaza de Acho es un polígono de quince lados, que miden cerca de doscientos cincuenta metros, i puede contener cómodamente 8,500 espectadores. Hai tres clases de asientos: galerías, octavos i cuartos; los últimos están situados en la parte baja, al rededor del circo; cada uno puede contener a una familia numerosa.

Las autoridades poseen tambien un local especial, denominado Galería del Gobierno. El edificio, que es mas bien una ramada sucia i en ruina, pertenece a la Beneficencia de Lima, institucion moralizadora del pueblo, cuyas rentas principales están basadas en las loterías i en los toros.

La jente culta de Lima considera este espectáculo como uno de los mas corruptores, pues siempre salen de él asesinatos i riñas sangrientas; i es tal la aficion del populacho por concurrir a ellas, que si no tiene dinero para satisfacer su loco anhelo, empeña las mejores prendas de su hogar i hasta la cama, si es necesario. Está probado con cifras que no dejan lugar a la menor duda, que en las vísperas de este espectáculo los robos aumentan en Lima en proporcion extraordinaria, pues nadie quiere privarse del placer de ver morir a un toro a manos de un hombre o a un hombre en los cuernos de un toro.

De regreso de la plaza de Acho, me detuve cerca del Rimac, mirando a los gallinazos que escarban el fango del rio i la mugre de sus orillas. Estos pájaros, que hace poco eran inviolables como los representantes del pueblo, se paseaban libremente por las calles de Lima, pues constituian su única policía de aseó. Los gallinazos representaban el papel humanitario de los carretones de la basura, recojian en su buche todos los desperdicios de la poblacion i se remontaban por el aire para ir a depositar su carga en sitios lejanos. Constituian una policía aérea, como ciudad alguna la tuvo, impregnada del espíritu

científico de trasformacion de la materia en conformidad con las mas sábias doctrinas de hijiene moderna, i por eso los gallinazos llegaron a ser respetables sujetos, que nadie se atrevia a ofender en lo mas mínimo i que la autoridad protejia con todo su poder. Aun ahora el gallinazo conserva gran parte de su antigua importancia, i como Lima vive de recuerdos, el gallinazo, orgulloso tambien de su pasado, se posa insolentemente sobre el asta de bandera del palacio presidencial i sobre las cruces que coronan las torres de los templos. ¡Pobre ave caída! Su mision humanitaria ha concluido con la construccion de las cloacas, i por eso su raza se estingue de día en día i pronto no será sino un recuerdo histórico, como las riquezas del Perú i la civilizacion de los Incas.

De regreso de esta escursion, me señalaron la casa que habitó Mariquita Villegas, la célebre Perricholi, cuya vida ha sido narrada por muchos escritores i hasta ha subido a la escena del teatro moderno, puesta en música por el célebre maestro Lecóck.

En la época en que gobernaba al Perú el virrei Amat, llegó a Lima, formando parte de una compañía de malos cómicos, la linda i graciosa Perricholi. Era una mujer verdaderamente seductora i de un ingenio de artista travieso i picante. Al verla, el viejo virrei se enamoró de ella con ese amor absoluto i caprichoso de los niños i que es propio tambien de la vejez. Durante mucho tiempo este amor, que fué el escándalo de Lima, dominó por completo al virrei; pero la cortesana llegó a imponerse a la sociedad por su belleza i la bondad de sus sentimientos. Un día el rei de Nápoles, que despues fué Cárlos III de España, concedió a Amat la órden de la gran cruz de San Jenaro, que acababa de fundar, i esta gracia fué celebrada en Lima con fiestas casi reales. La Perricholi concurrió a ellas en una lujosa carroza dorada, arrastrada por cuatro magníficas mulas, privilejio especial de los títulos de Castilla; pero en la calle de San Lázaro se encontró con un pobre sacerdote que conducia el viático para un moribundo. El tierno i bondadoso corazon de la Perricholi se conmovió profundamente: descendió de su carroza e hizo subir al sacerdote, i como si no pudiera ella usar del carruaje despues de haber servido a tan alto huésped, lo regaló a la parroquia. Este incidente determinó un cambio

de vida en la cortesana, i días despues, en el apojeo de su hermosura i de su poder, se retiró al monasterio del Cármen, vistiendo el tosco sayal i consagrando toda su fortuna al alivio de los pobres.

La Perricholí murió en 1812 en medio del cariño i del dolor del pueblo entero.

XXXI

Siempre fué Lima ciudad de fiestas i de loterías; por el tapete de sus mesas de juego ha corrido mas oro que el recojido por la España en sus tres siglos de dominio, desde Atahualpa a Bolívar; lo que no ha sido un obstáculo para que sea la ciudad mas santa de América, la que construyó mas templos en la época de la colonia i dió al catolicismo mayor número de varones ilustres. De en medio de esta ciudad tan mundana se elevaron al cielo Santo Toribio, Arzobispo de Lima; Santa Rosa, patrona de América, i San Pedro Nolasco, guardian de los Descalzos, i otros muchos, como Juan María i Martín de Porras, ámbos de la Recoleta, que fueron beatificados en 1840.

A este respecto los peruanos nos llevan inmensa ventaja, pues Chile, con todas sus virtudes, no ha podido producir un santo. Todo el orgullo de nuestra iglesia está cifrado en Eraí Andre-sito, que, a pesar de conservarse de él una redoma con sangre líquida, no ha podido aun ser beatificado. Nuestra raza, mas vigorosa i práctica, lucha por alcanzar la felicidad en este mundo con preferencia a las dichas inciertas i misteriosas del otro. No le hacemos por esto un reproche, pues no serán muchos los santos del siglo XIX que figuren en los futuros almanaques.

Lima está llena de estos recuerdos, i todo el mundo podría referir la historia de la vida de Santo Toribio i de Santa Rosa. La de Pedro Nolasco, cuyo ataud con la cabeza del Santo se conservan en la iglesia de San Francisco, pues el cuerpo se ha extraviado, es la ménos conocida de esas historias, a pesar de ser la mas interesante, pues dedicó la mayor parte de su existencia a propagar la fé cristiana entre los indios, convirtiendo a mas de diez mil i mereciendo el cariño de todas las tribus salvajes a quienes instruía en su propio idioma, que aprendió por

divina gracia. Siempre pobre, obediente i casto, atravesaba a pié caminos ásperos i montañosos, desiertos arenosos i cálidos, dejando sus huellas regadas de sangre, por usar sandalias guarnecidas de clavos que destrozaban sus piés.

Era tal la unción de su palabra, tan suave i persuasiva su doctrina, que un sermón que predicó en 1604 en la plaza principal de Lima, produjo tales efectos que en la noche se abrieron todas las iglesias i el pueblo corrió a confesarse. Como resultado del arrepentimiento ocurrieron reconciliaciones cordiales entre encarnizados enemigos, restituyeron bienes valiosos durante mucho tiempo usurpados i se realizaron mas de tres mil matrimonios.

El 14 de julio de 1610 murió este sacerdote apostólico, i acontecimientos sobrenaturales anunciaron el glorioso tránsito de su alma a la mansión celeste: suave fragancia se desprendía de su cadáver; el cuerpo, descarnado en vida, apareció bello, blanco i resplandeciente, i muchas horas despues de muerto le salió sangre de un dedo sin haberse hecho cortadura alguna. Felipe III, que no habia visto ninguno de estos prodijios, pero que era un rei de mucha fé, le recomendó al Papa, i éste dispuso el término de cincuenta años que deben pasar entre la muerte i la canonización, i le declaró Santo. Para cubrir los gastos i propinas énsiguientes, el rei de España dió tres mil ducados, el conde de Chinchon seiscientos, la Universidad de Lima tres mil pesos i así otros muchos personajes e instituciones, hasta reunir la suma necesaria. Son un tanto costosas estas canonizaciones, i por eso el Perú, que hoi se encuentra en decadencia, se ha visto en la necesidad de abandonar algunas que tenia iniciadas, entre ellas la de Sor Jerónima de San Francisco, del monasterio de las Descalzas.

En el sitio donde nació i vivió Santa Rosa, se alza un modesto santuario enriquecido con algunos despojos del cuerpo de la Santa i de varios instrumentos con que se atormentaba. Los muros de esta capilla están cubiertos de colgaduras de seda carmesí. Los altares no ofrecen nada de notable; pero el mayor, dedicado a la Santa, tiene una puerta en cada uno de sus costados, por una de las cuales se pasa al santuario en que se espone la Majestad i por la otra a la ermita que fabricó Rosa para su

retiro i penitencia, i que se conserva en el mismo estado que cuando la ocupaba. Su altura es de tres varas i su forma casi cuadrada.

En uno de los altares colaterales del santuario se conservan algunas reliquias de Santa Rosa, entre las que figuran sus dos camillas, muchos cilicios con puntas de alfileres, dos crucecitas, una de ellas sencilla, que se ponía exteriormente i la otra interior con puntas de alfileres; el clavo en que se colgaba cuando estaba haciendo oracion para no dormirse, el anillo del desposorio i una carta escrita con letra bastante clara i dirigida a doña María Usátegui, su protectora, i que una noche, cuando la Santa casi moría de fatiga, avisada por el ángel de la guarda de Rosa, le envió una jícara de chocolate que la volvió a la vida. «Nuestro Señor pague a usted con premio de gloria la limosna de anoche, que cierto llegó a tiempo de mi apretada necesidad», dice la Santa, i firma: *Rosa de Santa María*.

Rosa murió a la edad de treinta i dos años.

XXXII

Una atmósfera de antiguo misticismo se respira en los claustros i monasterios de Lima. Las alquerías en ruina, las murallas de los claustros cubiertas de cuadros al óleo que el tiempo ha despedazado i que representan la vida de sus santos nacionales; las sacristías decoradas con profusion de viejos dorados; subterráneos cubiertos de tumbas; leyendas de milagros de otros siglos; todo un mundo de recuerdos místicos trasportan al viajero a una época de sacrificios i de fé tan lejana de la vida moderna como la misma colonia i sus conquistas.

En casi todas las iglesias de Lima se encuentran reliquias i objetos famosos: en la de los Desamparados se conservan en una custodia dos cartas autógrafas escritas i firmadas por San Ignacio de Loyola i San Francisco de Borja. Aquí mismo se ostenta la imájen de un apóstol de las Indias, que el último de los santos nombrados envió a su sobrino el virrei conde de Lémus, juntamente con la cruz que usaba en sus peregrinaciones.

El pontífice Paulo III obsequió al Cabildo de Lima un fragmento de la cruz en que murió Jesus, en señal de concordia

con motivo de la primera guerra civil entre los pizarristas i almagristas. Este trozo de madera, considerado como uno de los mayores que existen desparramados en la cristiandad, tiene dos i media pulgadas de largo i una de ancho i se conserva en la custodia de la capilla de la Vera-Cruz, fundada por Pizarro.

Otro pequeño fragmento de la misma cruz fué enviado a la Catedral de Lima por el papa Urbano VIII, i se conservaba en el altar mayor, en el centro de un sol de oro con piedras preciosas; pero sol i reliquia fueron robados en 1852 junto con otras ricas joyas, sin que jamas se descubriera a los autores del robo.

En la iglesia de las Capuchinas se encuentra la relacion de viaje de los primeros fundadores de este monasterio, escrita por uno de ellos, viaje lleno de penalidades i trabajos, hasta el extremo de ser prisioneros de los holandeses, con quienes en aquella época la España sostenia la guerra llamada de sucesion.

En otras iglesias muestran al viajero los cuerpos de San Julian, San Teófilo, San Sebastian, San Adriano, Santa María, San Saturnino, San Fausto i otros muchos, obsequiados por los pontífices romanos en la época de la gran opulencia peruana i esto sin contar la cabeza de Pizarro i el cuerpo de su hija doña Francisca, que se conservan en urnas en la Catedral.

Se ve i se siente todavía cómo palpitaba la vida de estas sociedades en el interior de los claustros. Un solo ejemplo lo demostrará con cifras casi incomprensibles ahora. El monasterio de la Concepcion llegó a contar, a principios del siglo XVII, con doscientas treinta i dos religiosas de velo negro i cuatrocientas personas mas entre las de velo blanco, novicias, donadas, sirvientas i esclavos que habitaban sus claustros. Las entradas eran cuantiosas, pues la dote de cada religiosa de velo negro ascendia a tres mil pesos, lo que da un total de seiscientos sesenta i nueve mil, sin contar los legados, que eran considerables.

El número de misas que a mediados del siglo XVIII se mandaban decir en Lima, ascendian anualmente a cerca de trescientas mil, para lo cual se necesitaban cerca de mil sacerdotes que dijeran una misa diaria.

Era la época en que España gobernaba al mundo por medio de sus dos únicos elementos de civilizacion: el soldado i el fraile.

XXXIII

Durante la colonia, España vivía i gobernaba en el Perú como en ninguna otra sociedad sud-americana, e inculcaba en el fondo de la débil raza indijena todos los jérmenes de sus vicios. La Inquisición hizo en Lima estragos espantosos: puede asegurarse que durante la mitad de la dominacion española la hoguera ardió constantemente, haciendo centenares de víctimas. Era el único foco de luz que aquella civilizadora nacion permitía en sus dominios.

En el libro de Ricardo Palma titulado *Los anales de la Inquisicion de Lima*, en la *Coleccion de documentos históricos* del señor Adriaola i en los *Apuntes históricos* del señor Mendiburu, se hace la estadística de esos crímenes, que aun hoi al recordarlos despues de mas de un siglo espantan i conmueven.

El primer *auto de fé* con que se estrenó la Inquisicion en Lima tuvo lugar el 15 de Noviembre de 1578, i en él se quemaron siete herejes. Era ésta una ceremonia solemne que despues se hizo popular i casi divertida en Lima, como las revoluciones i los toros. Se celebraba en la plaza mayor, en alguna de las grandes iglesias i a veces en la propia capilla de la Inquisicion. Los reos, cubiertos de un sambenito en señal de afrenta, iban conducidos en burros i llevaban en la mano una vela apagada. Si el penitente era algun dogmático judío, se le colocaba por detras de la corona un carton que cubria su cabeza i una cola enroscada. Despues de la ejecucion, todos estos atavíos se guardaban en la parroquia a que el reo pertenecía, para eterno oprobio de su memoria o de su familia.

De los archivos del Cabildo de Lima, donde existe detallado el ceremonial de los *autos de fé*, ha tomado Mendiburu la interesante narracion que en seguida extractamos: «La víspera de la funcion se juntaban en la casa del Santo Oficio todas las comunidades relijiosas, i con los ministros i oficiales de él, salian a las cuatro de la tarde de la capilla i venian a la plaza en procesion. El alguacil mayor delante con el estandarte; seguíanle los relijiosos en dos hileras, los familiares, comisarios i calificadores; i luego el vicario jeneral de Santo Domingo, con una

cruz verde i los relijiosos de su órden con hachas encendidas. Los inquisidores solo acompañaban la cruz hasta el interior de su capilla. De la Catedral salía el coro cantando el himno Vixilia Rejis, i llegaba hasta el cadalso, donde se colocaba la cruz en el altar que estaba preparado. Lo dejaban rodeado de hachas encendidas i de relijiosos que velaban aquella noche. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, sacaban a los penitentes con la cruz de la parroquia de la Catedral, cubierta con un velo negro, significando el ir entre escomulgados; llevábana cuatro curas i la clerecía cantando el *Miserere mei Deus* en tono triste. Cada penitente iba entre dos familiares, i otras personas seguian en comitiva, cerrándola el alguacil mayor i los secretarios, que en cofres de plata llevaban las sentencias de los condenados hasta llegar al tablado.

«Entónces salía del palacio el virrei marchando delante de la compañía de jentiles-hombres arcabuceros, luego los vecinos i caballeros, el Tribunal del Consulado, los colejios, los doctores con sus insignias, la Universidad i sus bedeles a caballo. Seguian los dos cabildos, eclesiástico i secular, con sus ministros i maceiros, i el pertiguero con ropa negra, los rejidores i prebendados de dos en dos, los dos reyes de armas con sus cotas i mazas, el capitan de la guardia, el alguacil mayor de corte, los fiscales, alcalde del crimen i oidores; por último el virrei i a su lado el oidor decano. Detras iba el jeneral de la caballería, capitan de los jentiles-hombres de lanza de la guardia del reino, el caballerizo mayor i pajes, i cerrando la retaguardia, la compañía de lanza. Esta procesion iba a la casa del Tribunal de la Inquisicion.

«Entraba la audiencia al primer patio, i el virrei hasta el segundo, a donde hallaba a los inquisidores con sombreros puestos sobre unos bonetes que llamaban de auto de fé, insignia de delegados del Papa. El inquisidor fiscal estaba a caballo con el estandarte. Despues del saludo del virrei, se dirijian todos en marcha hácia el tablado, donde se leía a los reos la sentencia; los relajados eran entregados al alguacil mayor del Cabildo, quien, con el de la Inquisicion, los llevaban a ajusticiar. Si la condena lo exijia, iban los reos a la hoguera vivos o despues de ahorcados.»

Como se ve, no se hacen hoy fiestas mejores i mas suntuosas i, si no fuera por las víctimas, sería de sentir su desaparicion.

Un hecho que honra la buena administracion de España en América, era que no se gravaba al gobierno en los gastos de estas fiestas: el Cabildo lo costaba todo: trajes, hachones, los palos i cordeles, la leña para las hogueras i hasta una comida para los alcaldes i rejidores.

Así, de esta suntuosa manera, se quemaron en Lima algunos miles de hombres i centenares de mujeres. Durante la cuaresma, la hoguera recrudecía, hasta el punto que el Cabildo llamó la atencion del virrei por el mucho gasto de leña, i éste indicó la supresion del banquete a los rejidores, idea que éstos no aceptaron.

No solo se castigaba con la hoguera a los blasfemos, a los hechiceros, a los herejes i judíos, sino tambien a los sospechosos, pues se recompensaba la delacion. Muchas personas distinguidas sufrieron tan horrendo martirio: comerciantes de gran fortuna, altos empleados públicos, sacerdotes que se distinguian por su caridad, literatos i miembros de la Universidad. La célebre Ines de Castro fué quemada en la plaza mayor el 21 de Diciembre de 1625. Sus escritos fueron arrojados a la hoguera i, al ver ella volar las cenizas, dijo sonriendo:

"Echan flores."

XXXIV

El edificio que ocupó la Inquisicion i que hoy sirve de palacio al Senado, nada ofrece de particular: es una casa modesta i de un solo piso; pero el salon de sesiones ostenta el hermoso techo de madera de nogal, cubierto de ricas molduras, verdadera joya de ebanistería, principal i casi único arte de la época. En un cuadro colocado en el vestíbulo se lee una inscripcion que recuerda i esplica la manera como fué asesinado Pardo por el sarjento Montoya, i llama la atencion hácia un plano que se encuentra en la secretaría del Senado, lleno de detalles minuciosos de este trájico suceso, que conmovió justamente al Perú, pues Pardo era uno de sus hombres mas notables.

En el centro de la plaza de la Inquisicion, hoy denominada

de la Independencia, se alza la hermosa estatua ecuestre de Bolívar en actitud de saludar al pueblo que le aclama. El cuerpo del héroe, flexible i ágil, tiene toda la gracia i fuerza que le distinguia, i su mirada parece penetrar i estenderse por el infinito, mirada propia del águila que se remonta por el cielo de la gloria americana hasta donde ninguna otra ha llegado. La figura del *Libertador* parece santificar este sitio de ignominia i de martirio.

A pesar de la estatua que Lima ha consagrado al vencedor de Ayacucho, no hai en esta sociedad ni cariño ni culto por su memoria, pues fué aquí, en la vida de adulacion i desenfreno que hizo, donde la reputacion moral del héroe se perdió por completo.

Cuando Bolívar llegó al Perú, se encontraba en el apojee de su gloria. Su nombre se repetia con admiracion no solo en toda la América, sino entre los hombres mas distinguidos de Europa, que veian realizarse paso a paso la obra estupenda del guerrero i del lejislador. Sin auxilio de nadie habia dado independencia a tres Repúblicas, uniéndolas en una sola, como para oponer a la confederacion sajona del norte la latina del sur. Sus proyectos eran jigantescos i se presentia la influencia que iba a ejercer en los destinos de la América Meridional.

Los jefes mas ilustres i que mas servicios habian prestado a la independencia americana, se hacian a un lado para dejarle espedito el camino de sus empresas o se ponian a sus órdenes. En la entrevista celebrada en Guayaquil, San Martin le ofreció la cooperacion de su ejército i servir él mismo bajo su mando, a fin de realizar mas fácilmente i con mas seguridad la magna obra de libertar al Perú; pero el ambicioso capitan no quiso compartir con nadie la gloria de la empresa. Ese dia San Martin, sacrificándolo todo ante las conveniencias de la América, su alta situacion i su orgullo de jefe victorioso, fué mas grande que Bolívar.

Despues del triunfo de Ayacucho, la gloria i la influencia de Bolívar llegó a un límite casi sobrehumano. Todo el orgullo de los pueblos libertados i el sentimiento de su futuro valer se reconcentró en él. La prediccion de que a la faz de la tierra se levantaba una nueva e inmensa nacion, acababa de cumplirse,

i era su espíritu el que había depositado en los incultos pueblos de América el jérmen de las mas grandes hazañas, i era su jénio el que había cambiado los libres instintos de esta raza en disciplinadas i perseverantes lecciones. Para los hombres que conocian la situacion interior de los nuevos estados, era un gran consuelo que Bolívar fuera el centro i el árbitro de todas las cosas; i esta conviccion era todavía mas poderosa en el extranjero, como lo manifiesta el reconocimiento de la independencia de las colonias hecho por Inglaterra i Estados Unidos, que fué un verdadero homenaje personal al Libertador.

Realizada la independencia del Perú por el solo esfuerzo de Bolívar, tuvo éste en su mano el gobierno, o mas bien, la dictadura de cuatro pueblos, i había llegado el momento de manifestar con hechos sus facultades de lejislator, a fin de adquirir la gloria de Licurgo, que era la que mas apetecia i, segun él, la única que faltaba a su jénio. El suelo estaba preparado para organizar una administracion sencilla, imitando los principios políticos i económicos de la gran República del norte. Todo el mundo creyó que Bolívar seguiria este camino necesario a la felicidad de los pueblos que había libertado i conveniente a su propia gloria personal, i fué en este momento de esperanza cuando recibió el retrato i algunas reliquias de Washington, obsequiadas por la familia de éste, por intermedio del jeneral Lafayette; pero Bolívar no era un modesto i virtuoso ciudadano, sino un jénio impetuoso, lleno de contrastes i que carecia de esa fuerza moral que enfrena las pasiones. Había aceptado la dictadura sin límites del Perú i de Colombia, las estatuas que Lima i Carácas acordaron erijirle, i una turba servil de aduladores i de negociantes sin freno le rodeaba; i él, que había tenido la concepcion mas grandiosa de la libertad de América, no sabia apreciar en su justo valor las lisonjas de que era objeto. Un amigo residente en Lóndres le escribió aconsejándole cambiara en monarquía el gobierno republicano de los nuevos Estados, i Bolívar, con un candor verdaderamente infantil, presentó al Congreso del Perú dicha correspondencia, protestando con desden de semejante idea. Medio siglo despues, Balmaceda hacia entre nosotros comedias mui parecidas, i la sombra de Washington tambien le desvelaba por la noche i le perseguia en pleno dia.

Las sospechas sobre los propósitos monárquicos de Bolívar se hacían cada vez mas vivas: con motivo del anuncio de haber desembarcado en Cuba un ejército frances, el Dictador envió a Colombia un ejército de cuatro mil peruanos. Esta medida fué considerada como una revelacion audaz del plan de dominar el Perú con las tropas colombianas miéntras el ejército peruano sostenía su dictadura en el norte; sospechas que se convirtieron en sinceras convicciones cuando Bolívar dió a conocer sus propósitos políticos respecto al Alto Perú, i desde ese instante el número de sus enemigos formó una lejion poderosa.

Miéntras Bolívar organizaba en su mente el arriesgado plan de un imperio sud-adamericano, su vida en Lima era la de un César desvergonzado i sensual. Su propia patria era víctima de la anarquía, i él parecia haberla olvidado completamente. . . El Perú i Colombia pagaban la grave falta de haber rendido a este hombre homenajes sobrenaturales i de haberle adulado hasta la abyeccion, porque los pueblos que endiosan a sus hombres hacen ellos mismos sus tiranos.

VICENTE GREZ

(Continuará)

